

65 años del final
de la Revolución Cubana:
percepciones sobre Fidel Castro

IDEAS



XVII

Por Zoé Valdés

ÍNDICE

FIDEL CASTRO: RETRATO DE UN DICTADOR.....	8
FULGENCIO BATISTA: ACIERTOS Y ERRORES DE SUS GOBIERNOS ...	12
LA AUTÉNTICA PERSONALIDAD DE FIDEL CASTRO	16

Ninguna revolución perdura sesenta y cinco años, por muy personalizada y centrada en un producto de marketing en el que deseen ubicarla. ¿Cuál era ese producto de marketing? Nada más y nada menos que la justicia social y la igualdad, o sea, el comunismo mutado en el bienestar del pueblo. ¿Quién creó ese producto de marketing? Fidel Castro, inspirado en el comunismo. Este era el hijo bastardo de Ángel Castro, un gallego de Láncara, latifundista, que hizo fortuna en Cuba a punta de escopetazos, matando de inanición y de esfuerzo o a tiro limpio a sus esclavos haitianos y robando terrenos que, mientras sus dueños dormían, descorría las alambradas de púas y se apropiaba de las tierras de sus vecinos.

Toda esa extraña personalidad de Fidel Castro la analicé en *“La Ficción Fidel”* (Planeta, 2008), un libro que generó una persecución sin sentido -aunque con precedentes en España-, debido a la mera citación de un artículo en el que, para colmo, nombraba al autor; la editorial debió reeditar el libro sin esas páginas, aunque decidí mantener la citación del título y del nombre del autor. Exactamente lo mismo ocurrió años antes con *“Mea Cuba”*, el célebre libro de Guillermo Cabrera Infante, que Felipe González ordenó retirar de las librerías españolas por orden expresa de Fidel Castro, soplada en el oído del presidente socialista a través de Gabriel García Márquez. Otro libro silenciado en España, sólo porque abría la caja de Pandora de la verdad histórica sobre Cuba y los intelectuales europeos, esa susodicha revolución que no lo fue pues se quedó en ridícula revuelta, y de su principal protagonista, Castro y el comunismo, es *“La Luna y el Caudillo. El sueño de los intelectuales y el régimen cubano (1959-1971)”* de la socióloga, historiadora y reconocida ensayista francesa Jeannine Verdès-Leroux, publicado en Francia por L'Arpenteur, que le valió el prestigioso Premio Biguet de la Académie Française en 1990 y que, pese a mis esfuerzos, nadie ha querido publicar en España.

Sin embargo, muchos han bebido de ese libro, incluida yo, pues Jeannine Verdès-Leroux escribió ese ensayo tras una precisa investigación realizada en los archivos de la legendaria Revista Bohemia y en los archivos ocultos, o semiescondidos, de la Revolución castro-comunista. ¿Cómo llegó a ellos? Cómo sólo lo consiguen las personas inteligentes y valientes, mediante subterfugios y un prodigioso interés en suplantar la mentira por la verdad. Entonces, el mejor libro sobre esa época lo ha escrito una francesa, de quien me vanaglorio de ser su amiga; pero que no ha sido traducido al español, con lo necesario que es, sobre todo ahora, momento en el que un régimen muy parecido al de Cuba se enraíza en España.

Entre los libros que bebieron del suyo, está, desde otra perspectiva más cercana en el tiempo, el de los periodistas Jean-François Fogel y Bertrand

Rosenthal, titulado *“Fin de Siglo en La Habana. Los secretos del derrumbe de Fidel”*, publicado en español por TM Editores (1994), y que pretendía ser el último libro sobre el horror castro-comunista en la isla. Evidentemente no lo fue.

Si con la cantidad de libros que se han escrito y publicado sobre Cuba y su estrepitoso fracaso en estos 65 años se pudiera liberar una nación, no sólo Cuba al fin habría sido libre, el mundo también se hubiera ahorrado el tremendo pesar del *castro-social-comunismo* que en los últimos tiempos se ha actualizado bajo el concepto -¿posmoderno de Hugo Chávez?- de *socialismo del siglo XXI*. Pero, lo que empezó con plomo, sólo con plomo caerá. Y si no se ha producido esa caída no ha sido por falta de hombres y mujeres con valor, sino que ha sido por complicidad, colaboracionismo, indolencia, y olvido, en el plano internacional.

En el libro de Fogel y Rosenthal, en el que indirectamente puse mi granito de arena, pues todavía me hallaba en Cuba y pude apoyarles desde allí, también donde los conocí a ambos y entonces devinieron mis amigos, escriben lo siguiente muy al inicio del volumen, en un acápite titulado *“Machado, Batista, Castro”*:

“La señal del desenlace es bien conocida; todos sonríen: “Todo habrá terminado, dicen los habaneros, cuando un tipo nos despierte una mañana diciendo good morning”. Última colonia española (emancipada en 1898), convertida inmediatamente en primera colonia de los Estados Unidos, Cuba es una isla que ha tratado de cambiar de archipiélago, de pertenecer a una Eurasia socialista que se extiende desde Alemania hasta Vietnam. A la hora del fracaso, su ambición tan sólo deja la excusa de haberse empeñado en lo imposible...”

Los autores aciertan a medias, en el típico *“oui, mais non”* francés, el sí, pero no vacilante galo que tanto les ha vencido a lo largo de su propia historia. No todos los cubanos creíamos ni creemos en la intervención norteamericana, la que, visto lo visto, y oído lo oído, en palabras del senador demócrata Bob Menéndez tras los sucesos del 11 y 12 de julio del 2021, durante los que el pueblo cubano masivamente se lanzó a las calles a protestar pacíficamente y a exigir libertad, generando una cantidad enorme de presos políticos, más la expectativa de una intervención militar humanitaria por parte de los norteamericanos, y cuando este señor respondió de forma tajante que una intervención norteamericana no sucedería jamás.

Se supone que no exclusivamente debido al Pacto de No Agresión tras la Crisis de los Misiles (1962), en la que Castro puso al mundo en peligro

de una Tercera Guerra Mundial, pacto no vigente tras la desaparición de uno de los protagonistas, la Unión Soviética (URSS), sino además porque Estados Unidos ha demostrado, administración tras administración desde hace más de seis décadas, que prefiere a una Cuba sumida en la esclavitud y la pobreza del comunismo, que una libre y próspera como lo fue en 1957, año en el que ocupaba, junto a Argentina y Venezuela, el tercer puesto entre los tres primeros, en el mayor grado del escalafón económico jamás imaginado para una isla.

Otra imprecisión: “*emancipada*” no sería el término justo, ¿se olvidan del Tratado de París mediante el cual Cuba pasó de manos españolas a norteamericanas sin que ningún cubano asistiese a semejante traspaso o “*subasta*”? Así y todo, Cuba no fue colonia de España, Cuba era España. Tampoco fue colonia de Estados Unidos, Cuba pasó a estar bajo protectorado del país del Norte con el objetivo de sanear algunos desmanes provocados por los gobernadores españoles y por la guerra de independencia, y sí, hubo descalabros de ambos bandos. Una de esas desdichas, imperdonable, fue la caída en combate, herido de muerte, por una bala-¿española o cubana?-de José Martí, hijo de españoles, de una canaria y un valenciano, cubano y español a la par. Si por un lado el pensamiento salvó a Martí, la acción que lo desvió de sus ideas lo mató para revivirlo en el alma cubana. Se cuenta que es muy probable que quien estuviera detrás del fusil que disparó contra el más grande de todos los cubanos fuese el joven Ángel Castro. Sí, ironías de la vida. El predominio de los conceptos erróneos entre acción e ideas acabó con esa isla, un lenguaje errado que venimos arrastrando desde hace más de un siglo.

Otro yerro craso, Cuba es una isla, pero las islas que la rodean hacen de ella un archipiélago, y no es que haya querido serlo, es que su condición geográfica así la define. La insularidad moldeó su carácter e idiosincrasia, el cubano criollo devino ególatra y bambollero... Por otro lado, Cuba no quiso ser Eurasia, sino que fue precisamente el mayor ególatra y bambollero de Cuba, Fidel Castro, hijo de Ángel Castro con la criadita de la casa, quien la introdujo en ese rumbo, siguiendo el proyecto de los comunistas infiltrados en la isla desde mucho antes de la época del presidente Gerardo Machado, o sea, desde 1919. Y, “*empeñarse en lo imposible*” no es únicamente la fuente del fracaso. Y es que, al fin y al cabo, José Martí tenía razón, aunque no a nuestro favor, ni en el suyo propio, cuando escribió “*Lo imposible es posible. Los locos somos cuerdos.*”

La llegada de Fidel Castro al panorama político cubano probó que lo imposible puede resultar peligrosamente posible cuando un loco de atar,

mediocre, acomplejado de ser bastardo, entra en el juego y que, con el apoyo de Estados Unidos, hace posible que la cordura se malogre y transforme en ideología de *a tres por kilo*, que una nación con sus valores se convierta en república bananera comunista del día a la noche. Todo ello sólo por “*sacar al negro del poder*”, es decir, a Fulgencio Batista y Zaldía; comportándose la burguesía cubana de la época con su presidente de una forma profundamente despreciable y racista.

Porque sí, la noche llegó, como contó y explicó muy bien el excomandante Huber Matos, antiguo maestro, (22 años de cárcel en las ergástulas de Castro), en su libro “*Cómo llegó la noche*”, y aunque no será eterna, al decir de otro gran líder del Movimiento Cristiano Liberación, Oswaldo Payá -asesinado por Raúl Castro, que también escribió, “*La noche no será eterna. Peligros y esperanzas para Cuba*” (Editorial Hypermedia, 2018)- la nocturnidad y alevosía van siendo ya demasiado largas y dañinas, horrendas, y no sólo para Cuba, sino también para el mundo.

En el libro de Fogel y Rosenthal también se lee:

“Jamás la historia será equitativa con Fidel Alejandro Castro Ruz. Por haber nacido con la personalidad de un Alejandro el Grande, en una pequeña isla de palmas y de caña, por haber creído en el leninismo hasta el crepúsculo del marxismo, permanecerá como una figura fuera de toda proporción, fuera de su tiempo y aún de la razón, con su insistencia en prometer la tempestad sin contar siempre con el trueno.

Sus esfuerzos, sus cálculos, sus locuras, desmienten el famoso “ningún hombre es una isla” del poeta John Donne. Cuba es Castro naturalmente... Pero Fidel, es mucho más que su isla. Es el caudillo más lírico que América Latina haya producido. Un patriarca demiúrgico, teatral, vano, loco, soñador, implacable. Un revolucionario que, una vez en el poder, restablece la pena de muerte, elimina a Papá Noel y cambia la fecha del carnaval. Un militar que se roba la única estrella de la bandera cubana y la coloca, cubierta de laureles, sobre el diamante rojo y negro de la charretera que inventa. “Un leo ascendente leo”, en un país que se fascina con el horóscopo. Un jefe de gobierno que ha pretendido aclimatar fresas bajo el trópico de Cáncer, dirigir los restos del imperio del Negus, escribir de nuevo las cifras de la deuda mundial. Un superdotado enfrentando el problema de sobrevivir...”¹

1 Jean-François Fogel y Bertrand Rosenthal. Fin de siglo en la Habana. Los secretos del derrumbe de Fidel (Bogotá: TM Editores, 1994).

Donde los autores se confunden es en lo siguiente. Cuba no es Fidel Castro, es lo que él hubiera querido lograr, sin conseguirlo. Esa pequeña isla dio a figuras enormes desde los puntos de vista artístico, literario, y científico. Fidel Castro es lo peor surgido en esa otrora maravillosa isla. Además, esa isla fue un ejemplo de crecimiento económico en 1957, bajo la presidencia del indio-mulato, Batista. Castro no tiene nada que ver con la lírica, y sí mucho con la chabacanería. Nunca fue militar de carrera, sino “a la carrera”, ni jefe de Gobierno, y mucho menos superdotado, más bien lo contrario, un tirano bruto al peor estilo del caudillo soso latinoamericano, según el término francés.

A veces, pienso que todo esto ha sido una pesadilla, o una mala película, o una novela mediocre, una pésima telenovela, un chiste pesado; que no ha sido mi vida, mi existencia con Fidel Castro, como cualquier cubano, que mientras viva jamás podrá liberarse de su pasado con Castro. Fidel, una suerte de Frankenstein -así lo llamé en “*La Ficción Fidel*” (Planeta, 2008)-, creado por sí mismo, ¿creado también por los propios cubanos? ¿Nutrido por los americanos?

Nunca pensé que escribiría tanto sobre Fidel Castro, mucho menos un ensayo, una obra donde lo mencionaría, donde me dedicara a analizar la personalidad del hombre que se mantuvo en el poder durante más de medio siglo, en la historia de Cuba mucho más de medio siglo, y en la mentalidad del cubano seguramente se eternizará todavía por un tiempo espantosamente imperecedero; porque las secuelas castristas no se borrarán con facilidad como suponemos o ansiamos.

FIDEL CASTRO: RETRATO DE UN DICTADOR

El análisis de la personalidad del comandante Castro lo he hecho a través de hechos ocurridos en Cuba en cincuenta años, las consecuencias históricas de actos personales de Fidel Castro provienen de ese personaje entre lo heroico y lo inmortal que el niño de Birán se ideó desde su más temprana infancia, cuando supongo advirtió de que su madre no era la verdadera esposa de su padre, de que no llevaba los apellidos de éste; no, aún no. Un niño abandonado en un tren, bajo la custodia de un viejo amigo de la familia. Un niño que empezó a forjarse una personalidad, una historia, para intentar imponerse y devenir un héroe, un ídolo, a la manera norteamericana, bajo los focos hollywoodenses.

Como prueba adjunto, esta divertida y no menos insólita carta escrita por Fidel Castro con apenas doce años y enviada al presidente norteamericano

Franklin Roosevelt, en inglés. (Tomada de Serge Raffy, Castro l'infidèle, Fayard, 2003).

Santiago de Cuba, 6 noviembre de 1940 M. Franklin Roosevelt, Presidente de Estados Unidos

Mi buen amigo Roosevelt,

No conozco muy bien el inglés, pero sí suficientemente para escribirle. Me gusta escuchar el radio y estoy muy contento porque oí que usted será presidente de nuevo.

Tengo doce años. Soy un muchacho, pero, tengo consciencia, no, yo no soy consciente al escribirle al Presidente de los Estados Unidos.

Si usted quiere envíeme un billete verde americano de diez dólares, en su carta, porque yo nunca he visto un billete de 10 dólares y me gustaría tener uno.

Mi dirección: Fidel Castro

Colegio Dolores

Santiago de Cuba. Oriente. CUBA.

Yo no conozco muy bien el inglés, pero sé muy bien el español y supongo que usted no conoce el español pero que usted conoce el inglés porque usted es Americano, pero, yo, yo no soy Americano.

Muchas gracias. Adiós. Su amigo, Fidel Castro.

Si usted quiere hierro para fabricar sus barcos, yo podría enseñarle las mejores minas de hierro de mi país, ellas están en Mayarí, Oriente, Cuba.

El adolescente Fidel miente al decir que jamás ha visto un billete de diez dólares (un peso equivalía entonces a un dólar en la isla, y el dólar circulaba libremente), se hace pasar por un pobre, lo que no era; pero, además, de sólo esa primera misiva le está proponiendo e indirectamente vendiendo por diez dólares las minas de hierro de Oriente al presidente de Estados Unidos. Sin embargo, este hecho es sólo un detalle de la compleja personalidad de quien no sólo se llamaba Fidel, además se autonombró Alejandro, como Alejandro Magno. Alejandro, su segundo nombre, fue el seudónimo

de combatiente que adoptó en la clandestinidad durante su lucha contra Batista, que tampoco llegó a ser una lucha relevante. Después del triunfo revolucionario, y a partir de ahí, siempre que daba un discurso, hacía colgar o pegar en los micrófonos un cartelito: “*Fiel Castro*”, con la intención de destacar su fidelidad a sí mismo.

Hace algunos años vi en el documental, *Conducta impropia* de Néstor Almendros — cineasta cubano de origen español — y Orlando Jiménez Leal, una entrevista con el dramaturgo René Ariza, donde este último finaliza con una frase lapidaria: “*Tenemos que cuidarnos del Fidelito Castro que todos llevamos dentro*”. Nadie había hecho una reflexión más certera del fenómeno de unimasificación mental en torno a Castro, porque desde que apareció Fidel Castro en el panorama cubano su mayor empeño fue inocular mediante su carisma de hechicero en la psicología del cubano el veneno del que pocos se recuperan: el del totalitarismo.

Desde muy joven Fidel Castro descubrió que poseía un don, el don de manipular y de embaucar a quienes lo rodeaban. En la historia de Cuba, nunca se había visto a alguien capaz de manejar al pueblo con un don individual y con semejante maestría, jamás ninguna personalidad política había conseguido seducir hasta hipnotizar a amigos y enemigos. Fidel Castro fracasó con su revolución, pero triunfó en una sola cosa, en su estudio de marketing. Porque Fidel Castro ha sido el más grande especialista de marketing que ha dado la historia contemporánea. Creó un producto: la revolución, y todo el mundo se la compró. Creó un héroe, traicionándolo, el Che Guevara, que le ha ganado a Marilyn Monroe en ventas de camisetas con su rostro.

Pero sobre todo se creó a sí mismo; él es su propio Doctor Frankenstein, él mismo cosió al monstruo. Cuando necesitó publicidad la obtuvo a chorro, desde la mismísima revista *Bohemia* hasta los periódicos de mayores tiradas en USA, dentro de su propio país las publicaciones se rindieron a sus pies, y para ser reconocido mundialmente reclamó la presencia, nada más y nada menos, de una estrella del periodismo norteamericano de la época, Herbert Matthews, quien subió hasta las montañas de la Sierra Maestra y desde allí entrevistó a Castro para el *New York Times*. Existen imágenes filmicas de esa entrevista.

Después de neutralizar al pueblo cubano con sus maniobras de mago negro, y no contento con aplastar a la isla de Cuba bajo su bota, puso todo su empeño en conquistar al resto del mundo con esa figura de joven y eterno revolucionario. También lo consiguió, su imagen se impuso y sobrevivió a

todos los presidentes norteamericanos desde el 1959 hasta la fecha; pero, por encima de todo, con su presencia rocambolesca y altisonante, empañó la labor de figuras internacionales que, en política, aportaron ideas y proyectos mucho más adelantados que los suyos para la humanidad.



Ernesto "Che" Guevara junto a Fidel Castro en el año 1961. Museo Che Guevara, La Habana (Cuba).

Ninguna idea de Fidel Castro fue positiva, aunque sí oportunista; sin embargo, él hizo creer que sí lo habían sido. Que alguien me cite una sola idea verdaderamente revolucionaria de Castro. No tuvo una acertada.

Sujeto raro este Fidel Castro, porque si lo estudiamos desde los inicios, sus imágenes, sus frases, sus discursos, nos daríamos cuenta de que la personalidad de Castro resulta insulsa, pesada. Pudiera ser el gordito acomplejado de cualquier escuela, el rompe grupo, el chistoso cuyo ningún chiste hace gracia, ni provoca risa, el trajín del barrio. Un auténtico plomo, para no ir por cuatro caminos. Y, sin embargo, se ganó al mundo con su verborrea barata de *a tres por kilo*, mediante esos silencios espaciados, nerviosos, en los

que quedaba claro que su mente se vaciaba desparramada, que enmudecía paralizado por la sequedad y estrechez pensamiento; actuaba y manoteaba semejante a un pelele, se movía cual monigote o siquitraque manejado por imaginarias cuerdas de un lado a otro. Sin palabras, pura gestualidad vana, aporreaba la tribuna, toqueteaba los micrófonos, en busca del verbo que aleccionara, del insulto que vejara, de la acusación que humillara. Triunfó con sus zoqueterías. No obstante, eso es lo único que no aguantan los cubanos: a los pesados, a los zoquetes. “¡Cargue con su peso!”, advertía la fraseología popular. Cargaron con él y con su letal legado sesenta y cinco años.

Cierto es que también Fidel Castro triunfó a golpe de ponerse al mundo por montera, o sea por sus “*santos cojones*”, y no solamente los cubanos lo aceptaron, el mundo lo toleró y lo colocó en un pedestal, el pedestal que correspondía a Cuba. No es sólo que lo hayan tolerado, lo aceptaron con regocijo festivo, empezando por los mismos cubanos de las altas clases sociales hasta los intelectuales burgueses europeos y americanos. Fueron ellos los que empujaron y pusieron a Fidel Castro en el poder: al hombre blanco, de estatura imponente, hijo de latifundista, aspirante a abogado (nunca llegó a graduarse), más gallego que cubano.

Hace tiempo oí decir a un escritor francés que Fidel Castro era un excelente actor, a la altura de un Marlon Brando, y esa comparación me molestó. Pero en lo que no se equivocó este señor es en que por algo será por lo que Fidel fue y es todavía el tirano favorito de Hollywood. Para probarlo, el ensayista cubano Humberto Fontova escribió sobre el tema, bajo el título, “Fidel, el tirano favorito de Hollywood” (Madrid: Ediciones Ciudadela, 2006).

FULGENCIO BATISTA: ACIERTOS Y ERRORES DE SUS GOBIERNOS

La verdad sobre Fulgencio Batista es dura. Indirectamente, Fidel Castro es también el resultado de Fulgencio Batista, me explico mejor: Fidel Castro es lo que andaba buscando la burguesía cubana, y los sectores racistas de la sociedad habanera para impedir -como ya avancé- que el “*negrito*” siguiera gobernando, cuanto y más el “*negrito*” de origen humilde comenzaba a ser incómodo también para los Estados Unidos con su pretendida independencia económica y su repartición de negocios a los europeos, en lugar de dejar exclusivamente la vía libre y el país a los americanos. Se volvió loco, dijeron los americanos.

El loco no era Batista. Fidel Castro fue un joven medio loco, y un adulto loco entero, que la megalomanía de Estados Unidos, la estupidez de la rancia

burguesía cubana, y la excesiva aprehensión de sí mismo, convirtieron en ese fenómeno exótico, revolucionario, seductor de masas. Fidel Castro fue su propia ficción, por encima de todo; la película que querían ver los clasistas de la sociedad cubana y, por supuesto, los americanos, siempre hambrientos de exitosos conflictos hollywoodenses.

No haré la historia del tabaco con Fulgencio Batista y Zaldívar, la conté en mi libro *“Pájaro lindo de la madrugada”* (España: Algaida, 2019). Pero debería aclarar algunos puntos, los fundamentales. Batista comparado con Fidel fue un niño de teta. Batista sí fue un revolucionario en el verdadero sentido de la palabra; en 1934 condujo la llamada Revolución de los Sargentos, fue elegido democráticamente, pero cometió el error -según algunos- en el año 1952 de dar el cuartelazo que el pueblo cubano anhelaba, que todos aplaudieron y cantaron bajo aquello de *“pájaro lindo de la madrugada”*, pero después se dejó vencer por agotamiento.



Fulgencio Batista en el año 1955.
Fuente: Wikipedia.org

La dictadura batistiana, tan cacareada por los amiguetes de Castro, a mi juicio sólo duró dos años, aunque jamás llegó a ser dictadura a la manera de las dictaduras que existieron en Sudamérica, ni siquiera son comparables con la crueldad de la de Castro.

Cuando entre los años 1940 y 1943 Europa ardía bajo el yugo nazi, Cuba era un modelo de democracia y desarrollo para el mundo. La figura protagónica de este triunfo del escenario cubano, con amplia presencia en el exterior, lo fue sin duda alguna el presidente Fulgencio Batista y Zaldívar, admirado por personalidades del mundo entero, entre ellas Pablo Neruda y el presidente Franklin D. Roosevelt.

Sin embargo, el eslabón silenciado de la cadena de sucesos espantosos en los que iba cayendo la isla a lo largo de estas décadas bajo la

dictadura de Castro lo constituye esa etapa de Batista. Porque el tejido de mentiras que el hijo del gallego de Birán urdió alrededor del general ha crecido hasta confeccionar un tupido velo que oculta celosamente la realidad de nuestra historia: la de reconocer a la figura de Batista en su auténtica dimensión.

En el macro tejido falsificado de esta tragedia han participado todos, pero principalmente una cierta burguesía cubana, hipócrita, racista, narcisista, y lo peor, ignorante. Una burguesía rapiñera que jamás toleró que un humilde campesino mestizo llegará a donde llegó, gracias a una formación autodidacta, la lectura y a su inmenso añoro de sabiduría y amor por Cuba. Su carácter sencillo molestaba a quienes fabricaban bibliotecas con lomos de libros, vacíos de contenido, sólo para adornar un espacio en las mansiones. Subrayo que no generalizo, excepciones hubo.

Para nadie es un secreto que la burguesía cubana le dio al presidente lo que en Cuba se llamó, en el argot racista, bola negra. Un ejemplo claro es que, aun siendo presidente, Batista no podía entrar en el Havana Yacht Club y entregar los premios deportivos de las regatas.

Desde 1992, quizás antes, empecé a interesarme por Batista (Cuba fue el primer país occidental en tener un presidente mestizo, antes que Barack Obama en Estados Unidos). Intenté buscar libros que hablaran de él, la tarea no fue fácil. De Batista se ha dicho de todo, y la gente lo ha creído, incluido aquellos que fueron testigos de la época y protagonistas de las mentiras infundadas. Sus razones tendrán, aunque no sean las mejores. Las mías fueron las de aclarar esa zona tan extrañamente oscura a la luz de la honradez, de la justicia. He leído la gran mayoría de los libros de y sobre Batista, los conseguí finalmente al acercarme a la librería Universal en Miami, a la familia del expresidente. Entrevisté a personas de su entorno. Llegué a la siguiente conclusión: quizás el magno error de Batista fue liberar a Fidel Castro, después de haberlo mantenido arrestado en condiciones principescas por su gamberrada del asalto al cuartel Moncada y las vidas que costó, luego, darle la palabra. Desde entonces, el monstruo no paró de hablar cáscaras de piña.

Para colmo el malo de la película, invariablemente todavía para muchos, es Fulgencio Batista. Hace algunos años en La Habana, una de esas manos valientes y anónimas, hizo un dibujo gigante en una pared urbana, donde representó a Castro con Batista en brazos, cual recién nacido inocente, sin un adjetivo calificativo. La lectura inmediata fue: lo dejó chiquito, parvulito. Así descifraron el dibujo los pocos habaneros que pudieron verlo, pues enseguida fue borrado por la policía política.

En el enigma Batista quiero detenerme, en una de esas mentiras que comenzaron de nuevo a circular dentro de publicaciones del exilio: la del antisemitismo batistiano. Los que acusan a Batista de antisemitismo son los escribanos repartidos por el mundo bajo las órdenes castristas, dependientes de los favores que la dictadura les otorga cual migajas. También seguramente recibieron alguna que otra medalla de hojalata y el viajecito veraniego al corral convertido en centro turístico. Batista fue de los primeros en ponerse del lado de los Aliados durante la Segunda Guerra Mundial manteniendo una posición firme frente al conflicto.

Cinco días antes de que ocurriera el ataque a Pearl Harbor, el 2 de diciembre de 1941, convenció al Congreso cubano para que declarara un estado de emergencia nacional. “*Cuba*”, dijo Batista a su pueblo, “*será copartícipe real; verdadero jugador en el equipo de los Aliados, cumpliendo cualquier tarea que se le encomendare como contribución a la victoria democrática*”.

Submarinos y buques alemanes fueron hundidos a corta distancia de las costas cubanas. Más habrían sido si Batista no hubiese organizado un eficaz sistema de contraespionaje en cooperación con el FBI. No sólo eso, el 1 de septiembre de 1942 fue arrestado en Cuba el espía fascista August Lunning y posteriormente ejecutado el 10 de noviembre de 1942, siendo el único espía nazi ajusticiado en la región. Esto le valió no pocas críticas a Batista. Por otro lado, Batista no se aprovechó de la guerra para subir el precio del azúcar, pudiendo haber sacado tajada, pero no lo hizo. Desde Radio Berlín, llovieron amenazas de bombardeos a las costas cubanas, uno de los locutores se atrevió hasta a alardear: “*Amigo Batista, recuerde que usted vive a pocos metros de la orilla*”. Batista recibió este mensaje contra su vida como un alto reconocimiento a su posición antifascista.

En lo que a mí corresponde, desentrañé la verdad de Batista y la escribí. Con leer y contrastar información se van iluminando las zonas sombrías. De este modo supe que es falso que los más grandes hospitales cubanos los creó Castro, sino que todos fueron construidos por Fulgencio Batista, y lo mismo con las escuelas, los centros educacionales y sanitarios, que eran inmejorables. Un gran ejemplo es Topes de Collantes, un envidiable sanatorio contra la tuberculosis, construido e inaugurado por el presidente Batista. Esto se debe a que había visto padecer a uno de sus hermanos de esta enfermedad, siendo así muy sensible a las personas que la padecían. Batista quiso también cambiar las cañerías gastadas, desde los tiempos del viejo acueducto Albear, modernizar las instalaciones, para que La Habana pudiera abastecerse de agua de forma abundante y normal. La burguesía cubana protestó, levantaron campañas, argumentaron que Batista quería destruir la ciudad.

Los mismos burgueses izquierdistas que vemos hoy por doquier no han cambiado mucho; aquellos que voceaban, en privado, escondidos dentro de sus mansiones, contra el mestizo y creían rebajar al presidente con lo del negro. Siempre he pensado que Fidel Castro los despreció, les convirtió las mansiones en letrinas y les colocó un hisopo en las manos para que destupieran escusados, porque nunca soportó deberle el poder a semejante recua de envilecidos.

¿Díganme cuántos negros, cuántos chinos, cuántos judíos ha habido en el gobierno de Fidel y Raúl Castro? Se pueden contar con los dedos de las manos y sobran dedos. Sin embargo, la gente ha querido ver la película de Fidel antirracista, que no ha existido. Los Castro han sido los tiranos más racistas, después de Adolf Hitler.

LA AUTÉNTICA PERSONALIDAD DE FIDEL CASTRO

La ficción Fidel se alimentó sola, tomó posesión de los retorcimientos mentales de la humanidad, como de las tortuosas confusiones que privaron al cubano al principio de la revolución de discernir sobre los valores de su país, además de que ansiaban ver al Mesías, y lo vieron en un diablo. No era el Mesías, pero ellos lo transformaron con su ardiente y excesiva imaginación.

Mientras Fidel hacía discursos en Harlem, el barrio negro de Estados Unidos, y rechazaba un hotel de lujo por un modesto hotel en ese mismo barrio, en los años 60, mientras Fidel reclamaba a grito pelado la libertad de Angela Davis, luego la de Nelson Mandela, cientos de negros cubanos eran fusilados y encarcelados en Cuba, jamás se les dio la libertad y el acceso al poder que les tocaba por derecho de ser cubanos.

Haría falta todo un volumen para referirme a los marginados por Castro, a los ejecutados por Castro, a las víctimas. Se darán cuenta de que cualquier intento de aclarar, de enfocar la verdadera historia de Cuba, pese a los numerosos y extraordinarios libros que se han escrito, todavía hoy e inevitablemente caeremos en un estado de estupefacción, arrastrados como por una quimera, por una suerte de ficción ilógica, que ha sido el producto del propio Castro, quien supo mejor que nadie inventar un personaje, reinventarse a sí mismo en otra supra dimensión. Para ello apeló a los recursos de los jefes de secta: con un gesto de la mano hacia abajo acallaba a millones de personas; otro gesto, una mueca, bastaba para dejar en vilo a todo un pueblo. Y, el pueblo respondió afirmativo, en esa

ansia absurda y dramática de reconocerse en el héroe, aunque éste fuese de papel maché.

Intentaré, no sólo a través de la figura del dictador, sino además a través de los cubanos y de la dolorosa situación provocada en la segunda mitad del siglo XX y en la primera década del siglo XXI, animarlos a estudiar las disparatadas reacciones del hombre que llevó a una isla a la destrucción de la manera más demencial que haya existido, y de cómo todos hemos sido sus marionetas, sus cómplices; querámoslo o no.

Fidel seguramente jamás olvidó cuando su madre, una mujer que cocinaba con la pistola en el cinturón, lo montó en un tren acompañado de un amigo de la familia y lo alejó del hogar, jamás la perdonó. Es la razón por la que posteriormente secuestra a su propio hijo, Fidelito, el que tuvo con su primera esposa Mirta Díaz-Balart, dejando a la madre en un estado de desesperación, del que esta pobre mujer no logró recuperarse en mucho tiempo. Esto también explica su obsesión con el niño Elián González. Explica el horror de amenazar a sus opositores, desde los primeros años, con arrebatárselos a los hijos, bajo la tramoya de la ley de la patria potestad. Por esta ley, catorce mil niños cubanos salieron de Cuba sin sus padres, hacia América, conducidos por organizaciones caritativas que los recogieron en refugios, monasterios, conventos. Muchos de esos niños no vieron a sus progenitores hasta treinta años después. Se llamó la *Operación Peter Pan*, varios libros se han escrito sobre ellos.

Las mujeres poco importaban para él. Su misoginia y machismo superlativos fueron bastante lejos; tuvo infinidad de amantes, empezando por la heroína de la revolución Celia Sánchez Manduley, pero también aquella espía alemana, Marita Lorenz, a la que no dudó en anestesiar, en hacerla abortar, sin el consentimiento de la mujer. Luego llegaron a su vida Naty Revuelta, la amante que sacrificó su cómodo estatus burgués, abandonó al marido y a la hija de su primer matrimonio para parirle al guerrillero, quien fue más la madre de Alina Fernández —que no lleva el apellido Castro— que la mujer del dictador. Y, por fin la madre de sus otros tres hijos varones, Dalia Soto del Valle, una mujer silenciada; se dejó ver excepcionalmente en público cuando el niño Elián González regresó a Cuba, apareció en dos o tres ocasiones en medio de las manifestaciones favorables a su marido y de los discursos, sin más.

Fidel fue siempre un niño apartado, un adolescente difícil al que sus compañeros no aceptaban, un joven revoltoso que superó su aislamiento imponiéndose como jefe de pandilla; luego, por fin, un pandillero, un gánster en la

universidad. Castro, una vez en el poder, siguió siendo un hombre sumamente solo, que se creía inmortal, que prometió al pueblo la luna y la eternidad.

En un diálogo con el filósofo francés Jean-Paul Sartre, en 1960, el revolucionario de 33 años (según el escritor y periodista Carlos Franqui, Fidel se cambió la edad para entrar en La Habana con la edad de Cristo), no titubeó un segundo ante el filósofo francés. Fidel dijo:

“Todos los hombres tienen derecho a tener lo que ellos piden...”

Sartre responde:

“¿Y si ellos piden la luna?” dije yo, seguro de la respuesta.

Él retoma su tabaco, ve que se había apagado, lo deja y se vuelve hacia mí:

“Si ellos piden la luna, es porque ellos la necesitan.”

Tengo pocos amigos, pues le doy una gran importancia a la amistad. Después de esa respuesta comprendí que él, Castro, se había convertido en uno de ellos.²²

Poco tiempo después, Fidel traicionaría esa amistad con el filósofo francés, y por su parte, Jean-Paul Sartre rompió con él al enterarse de la cantidad de fusilamientos que cada noche se ejecutaban en la prisión de La Cabaña.



2 ‘La lune et le caudillo: le rêve des intel lectuels et le régime cubain (1959–1971)’, Jeannine Verdès-Leroux (L’Arpenteur, 1989).

Fidel Castro en la Asamblea General de la ONU, el 22 de septiembre de 1960. Fuente: The Library of Congress Prints & Photographs Online Catalog.

Fidel prefería la soledad acompañada, no obstante, esos momentos de compañía los elegía él y decidía cuándo debían terminar, no eran permanentes. Se volvió más intransigente, su modelo de disciplina era el de los jesuitas, por ellos fue educado y a ellos tuvo que obedecer, su meta -al final lo aceptó- fue impuesta por ellos de por vida.

Desde el 8 de enero de 1959, fecha en la que entró en La Habana, triunfante, junto a Camilo Cienfuegos y al Che Guevara, no olvidemos al comandante Hubert Matos (a los tres los fue eliminando hasta quedarse como figura única en la tribuna), se convirtió en el Líder Máximo. Poco a poco ocupó los principales cargos que harían de la isla “*un bastión inexpugnable en contra del imperialismo yanqui*”, según su propia jerga, el imperialismo al que secretamente adoraba... Comandante en jefe del ejército, primer secretario del Comité Central del Partido Comunista, presidente del Consejo de Estado y de Ministros, autor de una nueva Constitución. Se mostraba impecable en su traje de militar, no existía para él otro atuendo; se regocijaba de venderse como un hombre de moral y de honor. Se comparaba con José Martí, el revolucionario, escritor, poeta, del siglo XIX, que entregó su vida por Cuba en 1895.

Sin embargo, Fidel Castro no pudo evitar que se trasluciera su insoportable orgullo, su cólera habitual. Era testarudo, no lo abandonó una única obsesión: la idea que se haría de él la humanidad cuando ya no estuviese entre ella. Es la visión del hombre, el lugar preponderante que cree merecer en la historia. Admirador de Napoleón, lector de Adolf Hitler, un auténtico fanático de Mi lucha. Al final, un anciano patético y vencido, mal vestido con un chándal de Nike.

Su único compromiso afirmaba que era con la patria, con el nacionalismo. No, falso, mentira, su único compromiso era con él. Su vida privada muestra a un hombre entregado en cuerpo y en alma a una sola figura femenina como ideal: la causa revolucionaria que enmascaraba su producto de marketing, que no fue más que una imagen vaga, pues en realidad fue un sumo convencionalista. Un inconforme privilegiado, hasta el último momento desconfiado; como prueba el estado de gravedad de la enfermedad que padeció y se lo provocó él mismo al no aceptar la solución que al inicio le daban los médicos.

Se inventó no sé cuántos atentados, que él mismo preparó con cuidado, y algunos pocos reales, que ya muchos ponen en duda.

También se ha especulado ampliamente con lo que pudo acontecer en esos tres meses que el joven Fidel pasó escondido en Estados Unidos. ¿Andaría

por Hollywood tratando de convertirse en un gran actor, o la CIA lo habría captado entonces? ¿Es o fue Fidel Castro un actor frustrado o un agente de la CIA? ¿Será cierto que hizo de figurante en dos películas de Esther Williams, una de ellas es la muy famosa *Escuela de sirenas*, y que una vez en el poder consiguió cortar las escenas donde aparecía? Cualquiera de las versiones resultaría fascinante, aunque serían sólo detalles en la vida de un hombre que consiguió cambiar la ideología de una isla y la trayectoria del mundo.

Lo cierto es que el hombre al que él mismo designó como sucesor, en una especie de dinastía castrista, Raúl Castro, su hermano, el que en el año 1960 afirmó: “*Mi sueño es arrojar tres bombas atómicas sobre Nueva York*”,³ hoy languidece, aunque en apariencia exigente y firme en sus ideas, con más de noventa años, arropado por sus herederos y por la certeza de que Osama bin Laden le cumplió su sueño. Podemos decir que Raúl Castro es una extensión demoníaca de Fidel Castro.



Fidel Castro, Hugo Chávez y Raúl Castro en el año 2011. Fuente: Expansion.mx

3 Humberto Fontova. *Fidel, el tirano favorito de Hollywood* (Madrid: Ediciones Ciudadela, 2006): 25.

Pero volvamos a su impronta bonapartista, bolivariana y hitleriana. El sueño, o pesadilla para los que la hemos padecido, de Fidel Castro de extender la revolución castro-comunista hacia toda América Latina (Sudamérica) y el mundo mediante la guerra de guerrillas, que no surgió cuando por fin en 1959 tomó el poder, sino que era algo que maquinaba desde su época de gángster universitario en la Universidad de La Habana, donde se le acusó de asesinar a tiros el 22 de febrero de 1948 a un condiscípulo, Manolo Castro, el secretario general de la FEU (Federación Estudiantil Universitaria), y desde su célebre viaje a Colombia, donde se le culpó de haber asesinado al líder liberal Jorge Eliécer Gaitán durante los sucesos del llamado Bogotazo, el 9 de abril de 1948.

Esas ansias de sangre y violencia se habían aminorado en los años sesenta debido a la presencia invasiva de los soviéticos en su vida y en la vida de los cubanos, pues de alguna economía tenía que chupar, dado que había expulsado a los empresarios norteamericanos de la isla. No obstante, desde los inicios de la revolución, Castro envió cubanos y sudamericanos a perpetuar la guerra de guerrillas en otras regiones, en Argentina y Venezuela.

En Argentina, en 1964, murió congelado el periodista argentino fundador de Prensa Latina, Jorge Ricardo Masetti, escondido dentro de una gruta. Había sido enviado por Castro como guerrillero y con una misión, descuajeringar aquel próspero país. Lo mismo sucedió con Antonio Briones Montoto, miembro de Acción y Sabotaje del Movimiento del 26 de julio liderado por Fidel Castro, o sea otro terrorista *ponebombas* en cines y tiendas de La Habana, entonces destinado a Venezuela, donde murió tiroteado el 8 de mayo de 1967.

A desestabilizar Bolivia manó al guerrillero por excelencia, al rebautizado *El Carnicero de La Cabaña*, debido a su afición por el tiro en la nuca que daba hasta a adolescentes de 14 años, al Che Guevara; allí Castro lo abandonó y lo traicionó, cuando consideró que el Che le hacía una sombra que él no debía permitirse ni por asomo.

Fidel Castro pretendió ejercer el poder en Sudamérica y en el resto del mundo mediante la violencia y el terrorismo, y no lo ocultó nunca, **lo advirtió desde la misma tribuna de la ONU**, en 1960; haciéndose el inocente actuaba bajo la alta estima histriónica que se tenía a sí mismo, donde ya abogaba para que **China ocupara un puesto relevante en la ONU**.

El fracaso de Cuba y del castro-comunismo no se entendería sin la figura decadente, psicópata y envolvente de Fidel Castro, ferviente lector de

“*Mein Kampf*” (Mi Lucha), de Adolf Hitler, aunque también, como ya dije, admirador de Romain Rolland y de Napoleón Bonaparte, a quien intentó imitar más que nunca durante las posteriores contiendas africanas, en las que el nivel de injerencia castro-comunista costó la vida de poblados enteros africanos y de batallones de jóvenes cubanos inexpertos en el arte de la guerra. Recordemos que, como comenta la escritora colombiana Gloria Chávez Vásquez en su reciente artículo, “*para Romain Rolland*”, en el que dice que “*La vida es una serie de muertes y resurrecciones*” en la que “*cada cual lleva en sí mismo un pequeño cementerio de los que ha amado.*” Según él, “*basta un instante para hacer un héroe, y una vida entera para hacer un hombre.*” Su idea de lo que era el pacifismo, compartida por varios de sus amigos escritores, muere con él...

Fidel Castro fue ese “*héroe*” surgido de manera instantánea de una época aletargada y que, pese a que murió nonagenario, no alcanzó jamás la verdadera estatura moral de hombre de honor. Su admiración por el pacifista Romain Rolland no fue más que otro aspecto de su retorcida personalidad, la del otro y su contrario, la de ir a contracorriente de su propio impulso devastador... Para colmo, de pacifistas como él no han surgido más que desastres monumentales.

Una vez que Castro logró implantar el socialismo en Chile, sin un tiro de por medio, mediante elecciones, tras colocar así a su cómplice Salvador Allende en la presidencia, aunque su primer invitado a Cuba fue el General Augusto Pinochet, como también fue compinche de Jorge Rafael Videla y los militares argentinos antes de darle chance a los montoneros, Castro percibió que el camino era la democracia revolucionaria. De ahí su empecinamiento con Nicaragua, y hasta con España. Desde Cuba mandó armamento para la revolución nicaragüense a través de latas de película del ICAIC (Instituto Cubano del Arte e Industria Cinematográficos) a INCINE (Cinematoteca de Nicaragua), y de otras vías. En Granada intentó hacer lo mismo: una revolución democrática, enmascarada bajo elecciones, pero revolución castrista al fin respaldada por la violencia guerrillera y callejera, que Estados Unidos logró detener a tiempo en 1983, donde murieron también cubanos, pero fueron más los que salieron huyendo, como el inolvidable Coronel Pedro Tortoló, que no se inmoló más que junto a su “*aguerrida cobardía*”, pues arrastró el poco prestigio militar que había adquirido en Granada por los lodos de la historia más reciente.

Sin embargo, el sueño de Castro era España, invadirla de agentes infiltrados, inocularla con el bichito de la revolución y rematarla con su producto de marketing. Una dulce venganza contra su amiguete Francisco Franco, el

que le surtía de turrónes cada Navidad, hasta que las prohibió. Dicen que el Generalísimo repetía “*Al galleguito no me lo toquen*” cuando alguien de su entorno se refería al peligro que representaba Castro.

Para esa revolución castro-española se prestó gustoso, puso todo con relación al entrenamiento y protección de terroristas de ETA, recibió a numerosos de sus miembros como refugiados en la isla, con importantes privilegios, aunque más discretos, que con anterioridad había recibido a los revolucionarios chilenos, que hasta barrios enteros fueron poblados por ellos. A los etarras les facilitaron mansiones protegidas en barrios exclusivos, sus hijos asistían a las escuelas y se les honoraba con un estipendio altísimo de 3 mil pesos solamente por estudiar; así quién no iba a querer ir a Cuba a entrenarse para después volver a asesinar en España. Recuerdo un diálogo público con el bailarín Antonio Gades en el que éste le preguntó, después de que Fidel le sirviera de padrino de su boda y lo casara con Pepa Flores, conocida todavía entonces en Cuba como Marisol, qué le aconsejaba para que él pudiera hacer la revolución en España. A lo que Castro le respondió sin titubeos: “*Déjate de tanto taconeo, Gades, apodérate de una kalashnikov y trépatate a la Sierra, como lo hice yo*”. Gades sonrió tímido cual un niño sorprendido y amonestado.

Tras el derrumbe del comunismo en Europa y de la URSS, un escéptico Castro recibió en la isla a Mikhail Gorbachov; desde el primero momento pudimos advertir a través de aquel encuentro que el glasnost y la perestroika no llegaría jamás a nosotros. Lo que sí nos impusieron a pulso fue lo que los cubanos, con ese ingenio que los engrandece y hunde al mismo tiempo, llaman la “*péreztranca*”, una represión sin precedentes, aderezada con una mejora en los mercadillos gracias a los jugosos negocios con el narcotráfico internacional. Pero Estados Unidos lo sorprendió con las manos en la masa, entonces Castro fingió haber sido engañado, culpó a un puñado de generales, a quienes fusiló sin contemplaciones y tan campante.

Al poco tiempo echó mano de argucias politiqueras y se aseguró de crear, junto al presidente brasileño Inácio Lula da Silva en 1990, el Foro de Sao Paulo, con la intención de sustituir la ausencia soviética y del CAME en la economía cubana, afianzar la seguridad de su existencia como valedor del socialismo en la región (la palabra comunismo desapareció de su vocabulario, y la sustituyó por socialismo y echó mano del “*bloqueo yanqui*”) y la supervivencia del régimen. Más tarde echó mano de su antiguo soldadito venezolano, Hugo Chávez, también entrando en Cuba, y con otro golpe de suerte logró –como hasta ahora pervive aquel régimen– existir colgado de la teta del chavismo, esquilmando a uno de los países más ricos del planeta: Venezuela.

Antes de asesinar (como dicen que sucedió) a Hugo Chávez en un hospital cubano, fundó en el 2001 el ALBA (Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América), que inspiró la creación del Grupo de Puebla en el 2019, apenas tres años tras su muerte.

El legado de Fidel Castro lo podemos observar en la Cuba actual de sus sucesores -sigue siendo la Isla del Doctor Castro-, su hermano Raúl Castro, más de lo mismo, y Miguel Díaz-Canel, el títere manejado por Castro II y Castro III, el hijo de Raúl, Alejandro Castro Espín. Una herencia diseminada además por esos lugares del mundo donde su pésimo ejemplo ha sido implantado: desolación, miseria, muerte. Un fracaso estruendoso y patético. La Argentina de los Kirchner es el mayor ejemplo de ese majestuoso infortunio, liberada recién por el partido de La Libertad Avanza cuyo líder es Javier Milei.



Cartel oficial de propaganda en Cuba, 2007. Fuente: Wikipedia.org

Cuando en el 2016 Fidel Castro murió enfermo y de viejo en su lecho familiar, atendido por un doctor español, una periodista me entrevistó para que diera mis impresiones. Ha sido la entrevista más breve de mi vida.

Ella: -¿Qué es lo mejor que recuerda de Fidel Castro?

Yo: -Que se murió.

Ella -¿Y qué es lo peor?

Yo: -Que estuvo vivo.

¿Cuba renacerá algún día? No lo sé. Tengo la convicción de que ha sido demasiado largo para que, en caso de que la isla despierte de su letargo comunista, el cambio se produzca de manera sana y generosa. Sí, el horror ancló en la sociedad cubana, se arraigó en su idiosincrasia, y ha sido excesivamente duradero. Para mí toda una vida. Pero numerosas reencarnaciones acechan todavía, España es una de ellas.



Actividad subvencionada por el Ministerio de Cultura

fundaciondisenso.org